

Felipe II

CAPÍTULO I– *El aprendizaje 1527–1558*

Nacido en Valladolid el 21 de mayo de 1527, hijo de Carlos V e Isabel de Portugal, recibiría de ellos cuatro herencias separadas.

La rebelión comunera provocaría a Carlos V la vuelta a España y la educación española de Felipe II. La educación la recibió en casa, primero (hasta 1535) en casa de su madre y desde entonces en su casa; Felipe ocuparía la mayor parte del tiempo en la lectura aunque ya a temprana edad se veía su gusto por la naturaleza y la música, así como gran pasión por la caza. Su inquietud intelectual se iría ampliando con la adquisición de grandes obras de temas variados de autores como Plinio, Copérnico, Vitruvio, Erasmo o Dante; a pesar de todo no olvidaba sus obediencias religiosas.

Excepto alguna visita a los Países Bajos, Felipe recibiría su educación en España y apartado de su padre con el que se comunicaba por carta, en sus testamentos le comunicaba el buen gobierno y los actos del buen príncipe, además de otras realidades más íntimas como la relación con sus hermanas y otros consejos después de la muerte de su primera mujer en 1545; sin olvidar tampoco la realidad política de los Habsburgo, que era difícil de entender para un príncipe que no había salido de España (para lo que Carlos V preparó un encuentro con él en los Países Bajos en 1549), los esfuerzos de su padre se centraron en la comprensión y conocimiento de éstos, de los cuales se llevó personalmente una grata impresión.

En 1542 con el príncipe mayor de edad, su padre buscó el retiro aunque la guerra de 1551 cambiaría los planes y llevaría en 1555 a declarar a Felipe gobernante de los Países Bajos y en 1556 rey de España. Pero no sería hasta 1558 con la muerte de Carlos V que Felipe actuara con total libertad.

CAPÍTULO II– *El rey y el trabajo*

En su última carta Carlos V le aconsejaba quedarse en España al considerar inútil viajar por los reinos, Felipe II decidiría. El poder central era gobernado por 14 consejos, destacando los de Castilla, Indias o Inquisición; a pesar de todo, sólo se trataban de entidades consultivas para no privar al rey de su autoridad. La situación era difícil y en 1566 con la guerra, serían necesarios cambios en el gobierno, uno de ellos fue la introducción de las Juntas de ministros, en las que destacó Espinosa quien recibió el máximo poder.

A pesar de todo, el rey seguía soportando la mayor parte del trabajo, que le ocupaba la mayor parte del tiempo, el trabajo acumulado dañaba físicamente al rey y hacia 1573 ya hubo de renunciar a asuntos menores. La razón de su insistencia en asuntos de Estado era la escasa fiabilidad, lo que le llevaba a que no pudiera detectar todos los errores o fraudes, lo cual aprovecharon los ministros para robar ducados de plata en varias ocasiones.

El tiempo de ocio tenía que adecuarse al alto ritmo de trabajo y sólo se entregó a él cuando se encontraba demasiado cansado.

CAPÍTULO III– *El rey se divierte*

Una de sus mayores aficiones era todo lo relacionado con la naturaleza: aves, jardines, ruidos; en definitiva, el

mundo retirado. Esta afición creció con su visita a los Países Bajos y Alemania, en su vuelta a España en 1551 ya tenía claro cómo quería sus palacios, al estilo de los Países Bajos, para ello se cambiaron los árboles frutales, dejando algunos, por jardines flamencos.

El propio rey era quien se encargaba de supervisar y disponer todas las labores, para luego poder pasear y comer por los jardines de la Casa de Campo de Aranjuez, en el cual también se construyó un pequeño zoo, aunque sería mayor el de la Casa de Campo.

Otra pasión suya era la pesca, de la que disfrutaba en el Tajo, el Eresma o en cualquiera de sus lagos privados, los peces se encontraban protegidos, controlados, y a disposición del rey; del mismo modo ocurría con la caza, para la que se establecería una temporada de veda, su técnica de caza favorita era la trampa con red y perros.

El control personal se extendería también a las edificaciones reales, disponía de un equipo de arquitectos que visitaba dos veces por semana y les inculcaba sus propias ideas arquitectónicas, observadas en las casas de campo flamencas, tanto para El Bosque, El Pardo o el Palacio de Madrid. Las ansias del rey chocarían con alguno de sus arquitectos como Juan Bautista de Toledo, el cual llegó a alterar alguno de sus planos provocando la ira del rey.

Felipe II se preocuparía también de la decoración de sus palacios con parte de sus colecciones; repartidas en El Bosque, El Palacio de Madrid o El Escorial, se podía encontrar una gran selección de pinturas de autores como Brueghel, Bosch o Tiziano. La pasión por la pintura le llega desde la infancia y sus preferencias se centraban en los renacentistas flamencos, frente a las obras del Quattrocento o del Greco.

Al mismo tiempo, guardaba con precisión su biblioteca real en el Palacio de Madrid y en Bruselas, a su muerte, su colección sería de catorce mil volúmenes, la mayor de occidente, y para su fruición y estudio construiría un centro de investigación en El Escorial, en 1567, para eruditos.

Otra materia que le fascinaba era la geografía, en 1570 encargó una colección de vistas de las ciudades de Castilla, así como completar la topografía de España. Su manía coleccionista se vería refrendada por su inagotable curiosidad, razón de ésta sería su interés por la ciencia, la alquimia y la magia, aunque no le interesaba la astrología por no ser supersticioso.

Como mecenas no aprobaba el teatro popular y sus mayores compensaciones residían en la poesía y los autores de obras sobre clásicos o de historia; o de temas científicos; o de la Biblia; o de matemáticas, particularmente dispuesto a su estudio.

Pero sólo había una cosa que le proporcionara mayor gozo: la religión. Devoto y fiel de la Iglesia Católica, aunque esto no le negó la firma de pactos con reyes no católicos como en 1583 con Enrique de Navarra (jefe de los hugonotes franceses). Como gran devoto poseía una obsesiva colección de reliquias (7422), que insistía en exponer en la basílica del Escorial.

CAPÍTULO IV– *Los años delicados, 1559–1657*

Con la abdicación de su padre en 1555, Felipe II se convertiría en el gobernante del imperio más poderoso desde los mongoles: España, media Italia, Inglaterra, Países Bajos, México y Perú. En total más de cincuenta millones de súbditos y una riqueza enorme, unido todo por una lealtad dinástica, interés comercial y cultural.

Pero su herencia llevaba una carga de agotamiento económico y agitación política desde las guerras de Carlos V, especialmente hacia 1550, llevaron grandes deudas y redujeron el comercio y la industria, y una serie de sequías acabó con la agricultura. Pero Felipe II se supo sobrellevar y llegar a derrotar a los franceses en 1557 y 1558, y firmar la paz de Cateau-Cambrésis en 1559, que fundamentaría la preponderancia española.

En su política exterior sería importante la unión con el imperio de Habsburgo, su hermana María estaba casada con el más tarde emperador Maximiliano II; otro punto de unión sería Génova y el duque de Saboya, que permitiría el paso de hombres y materiales de Lombardía a España y a los Países Bajos. Por el contrario, los protestantes franceses y especialmente los turcos, serían sus principales enemigos y con los que mantendría una dura contienda en la década de 1560 para mantener Italia y la España Mediterránea.

Cuando la guerra con los turcos estaba en su mayor apogeo se desarrolló una crisis en los Países Bajos: religiosa por las ideas protestantes y esencialmente política al no existir una unidad formal perpetuada. Los dirigentes aprovecharían la excusa protestante para conseguir beneficios políticos, el propio rey aseguraría una serie de libertades hipotéticas al conde Egmont en 1565; presionado a su vez por la disputa en el Mediterráneo, con todas las energías puestas en Malta, había sucedido una crisis de autoridad en los Países Bajos motivada por unas cartas contradiciendo la autoridad real en cuanto la ejecución de seis anabaptistas. La situación fue aprovechada por los predicadores protestantes para adoctrinar a las multitudes, y las reuniones de masas se escapaban al control del gobierno. Con la situación general mejorada desde 1565 con la llegada de más ducados y la muerte de Suleiman I, era el momento de Felipe II de imponer su voluntad en los Países Bajos y acabar con la furia iconoclasta. Para ello se dispuso en 1567 en ejército de setenta y dos mil hombres en manos del Duque de Alba, aunque sólo fueron necesarios diez mil veteranos para arrestar a Egmont y formar un nuevo tribunal judicial, a pesar de esta gran victoria, dirigentes de la oposición y en especial el príncipe de Orange se habían refugiado en Alemania.

CAPÍTULO V– *Vida familiar y muerte*

El cariño que demostraba Carlos V a sus hijos solía ser frío incluso hacia su heredero Felipe II, en comparación con la emoción que profesaba hacia sus hermanas. De igual manera, a su hijo Felipe II no le interesaban las mujeres, a pesar de haber estado casado cuatro veces: María de Portugal (1543–1545), María Tudor (1554–1558), Isabel de Valois (1560–1568) y Ana de Austria (1570–1580); con la única que tuvo una verdadera vida familiar fue con esta última.

La relación con Isabel de Valois es la más documentada: veinte años menor que Felipe II, en 1564 tuvo una enfermedad y abortó, el rey se mantuvo con ella hasta la recuperación, en 1566 le daría una niña, Isabel, y en 1567 otra hija, Catalina Micaela. El rey no se mostró muy feliz por haber engendrado una nueva niña, pero Isabel aún era joven y volvió a quedar embarazada en 1568, aunque esta vez no se sobrepuso al parto y murió.

Felipe II guardaría un luto especial, pero la necesidad de un heredero le llevó a casarse en 1570 con su sobrina Ana de Austria, puesto que su único hijo Don Carlos había muerto en 1568. Moriría de hambre en la torre del castillo de Arévalo frente al deshonor y la vergüenza de su padre, su muerte aún sigue rodeada de incógnitas aunque se apunta al poder absoluto del rey. Ese año de 1568 sería uno de los más duros del rey y junto a la muerte de Don Carlos y su mujer, se uniría una revuelta de los moriscos de Granada.

CAPÍTULO VI– *Años de Cruzada, 1568–1572*

El sueño de catolizar sus dominios se vería refrendado con el Concilio de Trento en 1562–1563 y la evangelización del Nuevo Mundo, además de los intentos de supresión de la herejía en los Países Bajos con el duque de Alba en 1567. Se trataría de una política seguida en torno a 1570 de represión contra los grupos no católicos, tanto en el Nuevo Mundo como en España, donde la Inquisición, creada a finales del siglo XV, se encargaría de controlar a los conversos y a los moriscos, apoyado plenamente por Felipe II.

La Inquisición sería un instrumento de control social, tanto de desviaciones religiosas como de crímenes sociales, la persecución de 1558–1559 sería eficaz para acabar con el protestantismo en España. Las medidas tendrían menos éxito con la población mora, en parte por su elevado número y el fracaso de la política de integración. El temor se acentuaba en la cooperación con los protestantes franceses o la ayuda a los otomanos.

Los inquisidores aumentaron en 1559–1560 la represión contra los moriscos condenando sus costumbres, reduciendo su productividad de la seda (1561) y ordenando el desarme (1566); este aumento inquisidor coincidiría con el nombramiento en 1564 de Diego de Espinosa inquisidor general, el cual en 1569 ordenaría la deportación de Granada de todos los moriscos. El recrudecimiento de la política llevaría a aumentar la rebelión de los moriscos, que terminaría en 1571 y daría paso a su expulsión de Granada y el Albaicín, y a su distribución por toda Castilla y a la repoblación de Granada por habitantes del norte de España; esta práctica llevaría a un gran fracaso por el éxodo y el abandono de muchas tierras y la extensión de los moriscos por toda España.

Al mismo tiempo, 1570, en el Mediterráneo Oriental se estaba produciendo otra repoblación, la de la isla de Chipre por tropas otomanas y la expulsión de los venecianos. Venecia organizaría una expedición, la <<Santa Liga>>, junto a Génova, España y el Papado –aunque el deseo de Felipe II era recuperar Túnez–. En 1571 y bajo el mando de Don Juan lograrían la victoria en Lepanto, aunque Felipe II se mostrara indiferente al éxito porque su misión era la evangelización en el Nuevo Mundo; aunque su autoridad se mostraba limitada a las zonas civilizadas en los siglos XIV y XV, pero intensificando la acción misionera entre 1560 y 1580, extendiéndose hasta Filipinas.

CAPÍTULO VII– *Años de fracaso, 1572–1579*

El mayor fracaso de Felipe II sería su incapacidad frente a la revuelta holandesa, en parte por la ayuda que éstos recibieron de los ingleses y franceses, molestos por la neutralización de las colonias francesas e inglesas en América. Los desastres acaecidos en 1571 como inundaciones, peste o malas cosechas, harían de 1572 el año propicio para desafiar al gobierno de Alba y acentuar la rebeldía en los Países Bajos, aunque surgiría un revés cuando el rey Carlos IX de Francia y las tropas católicas anularon el envío de protestantes y asesinaron a unos seis mil de ellos en la matanza de San Bartolomé.

Esta situación llevaría algunas victorias de las tropas de Alba y sólo resistieron algunas ciudades en rebeldía, el sitio de Haarlem conllevaría un gran esfuerzo económico y material, y privaría de aplastar la revuelta. El coste era intolerable, y unido a las campañas del Mediterráneo privaría de un dinero necesario para los Países Bajos, además de los inevitables intereses, gastos de transporte y Hacienda.

La situación era muy complicada y llevaría a Felipe II a convocar una junta secreta en 1573, en la que se decidiría triplicar los impuestos de la alcabala y transformar la deuda a largo plazo y bajo interés.

La única salida posible sería firmar la paz en el Mediterráneo y en los Países Bajos, aunque Felipe II no se mostraba dispuesto a cambiar la situación constitucional ni religiosa.

Finalmente, en 1575 ya no quedaba dinero ni préstamos y se acordó repudiar las deudas; la suspensión de las remesas llevaría al amotinamiento en 1576 de las tropas de Flandes y el saqueo de Amberes. La situación llevaría en noviembre a la firma de una paz con Orange y los rebeldes, al mismo tiempo que se establecería la paz en el Mediterráneo, comenzando la política de concesiones, considerada como una humillación.

CAPÍTULO VIII– *¿Asesinato vil?*

La ascensión de Antonio Pérez sería muy rápida y a los dieciséis años (1556) ya sería Secretario del Consejo de Estado, y le pondría en contacto con Don Juan de Austria, a petición de Felipe II para controlar las ansias de su hermano. La unión de Antonio Pérez y Don Juan sería muy fructífera y nombraría en 1574 a Juan de Escobedo como su secretario personal.

El rey no aceptaba la propuesta de Antonio de nombrar cardenal a Don Juan, porque en 1576 decidió enviarle a los Países Bajos junto a Escobedo, allí tendría unos buenos resultados y sería aceptado gobernador general en 1577, y tan pronto ocurrió esto, ambos exigirían su retorno proponiendo controlar la política del rey o que

dirigieran la invasión de Inglaterra. Felipe II no aceptaría sus propuestas, pero los éxitos de 1578 llevarían a insistir a Escobedo en la empresa inglesa.

Esta situación ponía al rey y a Pérez en un compromiso, puesto que no había dinero; Felipe no sentía gran simpatía por Escobedo y chocaba con sus intentos de concesiones. El propio Escobedo presionaría y amenazaría a Pérez, éste, sintiéndose presionado urgiría al rey en 1578 para que le concediese sus encomiendas, pero viendo el escaso interés del rey empezaría a temer el descrédito por parte de Escobedo, con lo que decidió eliminarlo y fue apuñalado el 31 de marzo de 1578.

Durante meses no se trataría de averiguar al culpable, los funcionarios no hicieron nada, la respuesta era que había sido asesinado por orden real, que consideraba su eliminación vital para la monarquía; la muerte de Don Juan de Austria en 1578 llevaba a que no tenía derrota posible al declarar las razones de la eliminación, aunque guardó silencio. La situación llevó a acusar a Pérez del asesinato por parte de Mateo Vázquez, el rey decidió ofrecerle un retiro, aunque Pérez no aceptó porque se podría considerar como una admisión de culpabilidad.

La situación se aclaraba y la responsabilidad recaía ahora en Felipe II, y ordenó la vuelta a España del cardenal Granvela y a Mateo Vázquez, a la llegada de Granvela el 28 de julio, Pérez sería arrestado; en 1582 comenzaría la investigación gubernamental y hacia 1584 se le acusaría de aceptar sobornos e incluso ese mismo año, uno de los asesinos contratados confesó y acusó al secretario. Pérez sería arrestado en 1585 y forzado en 1590 a confesar el asesinato, alegando estar a las órdenes del rey, aunque él no podía probar este extremo por la desaparición de las notas, y sería condenado a muerte.

El cambio de parecer de Felipe II parece ser debido a la situación política de 1588–1589 y a la reflexión interior en busca de ofensas a Dios, ya que el propio rey podía haber actuado anteriormente.

CAPÍTULO IX– *Años de triunfo, 1579–1588*

En los Países Bajos, Alejandro Farnesio, sobrino del rey, había logrado dividir los adversarios y tomar Maastricht en 1579; a esto se unieron otros éxitos como la renovación de la tregua en 1578 con el Sultán. En Portugal, Felipe II establecería su derecho de sucesión a la muerte del rey Sebastián I en 1578, la unión de España y Portugal sería muy deseable para fortalecer la Iglesia Católica y Felipe se lanzaría a conseguir en la población la idea de la sucesión española. A pesar de no encontrar mucha oposición, a la muerte del rey Enrique en 1580 surgiría un debate abierto y sin contar con el apoyo del estado llano.

Este hecho supondría un revés para el rey, que se vería obligado a movilizar tropas; con el ejército preparado, Felipe II prefería esperar la aceptación de las Cortes portuguesas a la sucesión española. El conflicto armado se vería como única solución ante el nombramiento el 18 de junio de Dom Antonio como rey, la invasión sería rápida e implacable y en octubre Portugal entera estaba bajo dominio de Felipe, aunque no sería hasta 1583 con la derrota de Dom Antonio en las Azores cuando se completara la conquista de su imperio.

La situación se encontraba ahora en paz y prosperidad, en el Mediterráneo se volvió a renovar la tregua en 1581, en Hispanoamérica incrementaron visiblemente los ingresos de la Corona y en el Pacífico se completaba la expansión con el dominio de las Filipinas.

Sin embargo, el eje compuesto por Holanda, Francia e Inglaterra comenzaba a desafiar al imperio ibérico; el rey decidió intensificar el esfuerzo contra los holandeses y en 1585 acabaron con la toma de Amberes. Al mismo tiempo los ingleses seguirían apoyando la rebelión holandesa y enviarían al Caribe una flota dirigida por Francis Drake para hostigar los barcos españoles y saquear propiedades españolas. En 1583 el marqués de Santa Cruz señaló un posible ataque sobre Inglaterra con el apoyo del Papa, aunque el rey desecharía de momento esa operación para concentrar sus recursos en Holanda, y que la empresa de Inglaterra se haría después de reconquistar Holanda y Zelanda.

Aunque su punto de vista cambiaría completamente en octubre de 1585 cuando escribió al Papa para pedir su apoyo en el ataque contra Isabel; pese al escepticismo del Papa, el plan seguiría adelante con la idea de una enorme flota, la <<Armada Invencible>>. El enorme coste del proyecto, siete millones de ducados, sería aceptado y el rey solicitó secreto y rapidez; pero la empresa se antojaría demasiado grande y no se podía conseguir todo el material suficiente, la realidad es que España no sería capaz de equipar una verdadera flota invencible.

La conciencia de esta realidad llevaría a Felipe II a buscar ayuda en las tropas veteranas de los Países Bajos, ideando un plan de ataque desde Flandes y esperando contar con el apoyo en las islas de los enemigos de Tudor; el éxito de la empresa residía en la unión de la flota con las tropas de los Países Bajos.

El primer problema sería el de hacer la flota a la mar, unido a la muerte de Santa Cruz en 1588 y relegado por el duque de Medina Sidonia, en mayo las tropas partirían de Lisboa y el seis de agosto ya se encontraban cerca del ejército de Parma, aunque ese día Dios no estaba con España y la magnitud del desastre sería catastrófica; a pesar de todo, el resto de contemporáneos seguirían admirando las tácticas avanzadas de gobierno de Felipe II, el cual pese a la derrota era el mortal más poderoso de la cristiandad y del mundo.

CAPÍTULO X – <<El monarca más poderoso de la cristiandad>>

Durante la década de 1580 y con el poder de Felipe II en apogeo, su presencia seguiría siendo imponente; aunque esto se desmoronaría en la década de 1590, pero el rey elevaría el amor a su familia y se alegraría con los nacimientos de sus hijos y se derrumbaría con sus muertes, que le dejarían con un único hijo (el futuro Felipe III), y especialmente la de su hija Catalina en 1597.

El rey se preocuparía de la educación de sus hijos por carta, así como de su preocupación por la música. El séquito del rey contaría con una importante presencia de músicos y de enanos o bufones, que nunca podían faltar. A pesar de las diversiones la vida de los cortesanos era tediosa y aburrida, la cual llevaba a una afición por el juego desaforada, especialmente en invierno.

La construcción del Escorial se vería terminada en 1584, su primera función sería una fundación monástica de jerónimos, aunque también sería destinado como panteón real, seminario y colegio; su propósito final sería de residencia de Felipe II.

Los crímenes violentos en la corte preocuparían a la familia real, y eran frecuentes los atentados contra los monarcas.

Felipe tenía don de gentes y sencillez, y le gustaba recibir el apoyo del pueblo en sus viajes, aunque exigiría también el máximo respeto hacia su rango en ciertos momentos; otro aspecto que le gustaba mantener era su aseo personal. En resumen, Felipe II se consideraría un caso de personalidad obsesiva.

CAPÍTULO XI – *Camino de la tumba, 1589–1598*

El corte imperialista comenzaba a ser exagerado, e incluso con el aumento de los ingresos de las Indias y de un nuevo impulso para Castilla, la realidad es que no podía ofrecer más y la deuda aumentaría rápidamente. La falta de capital, los impuestos y unas malas cosechas llevaría a la crisis económica de los 90. Además, la gran peste de 1598–1599 provocaría la muerte de casi el diez por ciento de la población.

El asesinato de Enrique III de Francia en 1589 llevó como heredero a Enrique IV, dirigente del partido protestante, por lo que aumentó su apoyo a los católicos franceses. Los años de guerra llevarían un coste muy importante, necesario para los Países Bajos y el Nuevo Mundo, donde se resentiría el comercio por las expediciones inglesas y holandesas. Los reveses llevaron a una agitación exacerbada en España, con desorden y alborotos en Madrid, Ávila, Toledo o Sevilla, y especialmente la intransigencia de las Cortes de Castilla. Al

mismo tiempo estallaron graves crisis políticas en Sicilia y Aragón, motivadas por el hambre y mucho más grave en Aragón donde la autoridad del rey estaba comprometida.

La suma de estas acciones parecían una campaña contra los fueros, lo que provocó la rebelión en Zaragoza, ésta sería su última rebelión; el rey se encontraba cansado y débil, y sus dolencias se le agravaban, con lo que la acumulación de papeles llevaría a crear la Junta Grande para revisar los informes y después enviar a la Junta de Noche, que cada vez tomaría más decisiones ejecutivas. En 1593, se reemplazaría por la Junta de Gobierno, a la que se uniría su sobrino Alberto, que sería relevado progresivamente por el príncipe Felipe.

La salud del rey se debilitaba y en 1595 unas fiebres le postrarían en silla de ruedas, donde pasaría sus últimos tres años de vida; su raciocinio también se vería afectado y la corte ya se preparaba para su muerte, aunque el rey no pensaba en abdicar y hasta seis semanas antes de su muerte aún firmaba documentos.

Su preocupación final de los últimos años era poner fin a las guerras del norte de Europa, en 1597 ya comprendería que la victoria no era posible y comprendería la posibilidad de firmar alguna forma de acuerdo; el rey informó que sería sucedido por su hija Isabel y el príncipe se vería obligado a ceder sus derechos en los Países Bajos a favor de su hermana. Felipe II consideraría su obra terminada y empezó a componer documentos con consejos para su hijo. En ellos le comentaba la necesidad de permanecer en España, de mantener su prestigio en el extranjero.

Para la primavera de 1598 sus constantes vitales empezaron a fallar, y en junio emprendería su último viaje al Escorial, después ya habría de permanecer en coma, en un estado de semiconsciencia, hasta el 13 de septiembre cuando su vida se apagó. La noticia no se trató de ocultar y se fue propagando progresivamente, entre el luto y los discursos funerarios.